

A N D R E S B E L L O

1 8 6 5 — 1 9 6 5



M. R.

PRESENCIA DE ANDRES BELLO EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

ESTA AMERICA turbulenta y desunida, enigmática en su pasado remoto y fervorosa de futuro, ha destacado figuras cuyas excelencias se proyectan sin sombras a través de la historia. No aludiremos a quienes en el ámbito bélico conquistaron la libertad política para las que fueran colonias de España. El nombre de esos libertadores se transmite de generación en generación como una herencia ineludible y enorgullecedora, por la cual se les honra frecuentemente.

Señalaremos, ahora, a aquéllos que con su palabra orientadora iluminaron el destino de América por sendas promisorias para asentar en bases sólidas, estables, la independencia lograda tras un guerrear heroico y sin tregua.

Larga es la nómina de esos forjadores civiles de las repúblicas americanas. Acaso sean, entre otros, Domingo Faustino Sarmiento y don Andrés Bello los más representativos de esa condición superior de construir y civilizar. Temperamentos disímiles, formación intelectual distinta, ambos convergían en sus propósitos y realizaciones a una misma finalidad: ilustrar al pueblo, adiestrarlo para nuevas formas de vida, liberarlo de hábitos rutinarios y prepararlos para las responsabilidades que corresponden a todo ciudadano de un país libre. Hay que educar al soberano, decía Sarmiento, refiriéndose al pueblo.

Bullían en Sarmiento las entrañas de nuestras tierras, tan desiguales y arbitrarias en su geografía y paisaje, en sus hombres y costumbres. El verbo del sanjuanino restallaba encendido de pasión progresista, directo a lo concreto y factible, vehemente en su desafío a los que él llamaba "barbarie" en oposición a "civilización", hacia la cual orientaba su voluntad de luchador incansable. "Bar-

barie" y "civilización", contrapunto de la realidad social, política y cultural de América, balbuceante entonces como ahora de instaurar regímenes teóricamente democráticos, enfrentando —ayer y hoy— al caudillismo de los generales que no se resignan a vivir plácidamente o a intervenir en las actividades públicas con el sable envainado.

Sarmiento y Bello, anverso y reverso de una misma actitud de integrar nuestro continente al proceso cultural, político, social y económico de aquellos países rectores de la civilización occidental. Aquél, lanza en ristre embistiendo no imaginarios gigantes sino un medio enquistado de feudalismo y mezquindad. Foráneos ambos, radicados en Chile donde lo tuvieron todo y se dieron en plenitud intelectual, convergieron los dos en estimar que era primordial para nuestro país un sistema educacional adecuado a nuestra idiosincrasia. Y así lo hicieron, Sarmiento desde la Escuela Normal de Preceptores, de la que fue su primer Director, y don Andrés Bello, desde la Universidad, cuya rectoría fue el primero en servir.

Fue don Andrés Bello fundamentalmente hombre de estudio, investigador, erudito, polígrafo, legislador; profundizó en filosofía, derecho, literatura, filología, ciencias, asuntos internacionales, hacienda pública, que nada parecía quedar fuera de su mundo intelectual. Un humanista. Un humanista no sólo encorvado en la sapiencia de las lenguas y artes clásicas, sino vuelto a la vida en torno, atento a las circunstancias del momento; de ahí que alternaba la especulación desinteresada y trascendente con el enfoque y solución pronta de cuanto requería de su conocimiento. Así, se dio tiempo para la investigación erudita escribiendo tratados magistrales sobre los estudios de su especialidad a que nos hemos referido y para colaborar periódicamente en los diarios, sobre temas de interés inmediato. Se cuenta por quienes han escudriñado en su vida íntima que tampoco era ajeno a aquellos placeres fugaces e inefables provocados por los sentidos e instintos. Tras la efigie grave con que se nos muestra en el retrato pintado por Monvoisin se escondía un humanista del Renacimiento, cabal en el ejercicio de todo lo humano.

A pesar de los dolorosos quebrantos que padeció en su hogar por la muerte prematura de varios de sus hijos, no se trizó su contextura anímica, como tampoco se alteró el equilibrio de su conducta frente a los ataques que recibió de jóvenes liberales impetuosos como José V. Lastarria, incluso del mismo Sarmiento.

Fructífera, intensa, prolongada, fue la labor de don Andrés Bello en Chile, país de su adopción. Nacido en Caracas el 29 de noviembre de 1781, inició sus estudios en un convento de frailes mercedarios, los cuales le enseñaron el latín, logrando al poco tiempo el total dominio de este idioma. Apenas iniciados sus estudios superiores de derecho, hubo de abandonarlos por causas que no dependieron de él, y pasó a ocupar un cargo subalterno en la Secretaría de Gobierno de Venezuela. No abandonó los estudios lingüísticos; por el contrario, los intensificó juntamente con el cultivo de la poesía. "Una gramática, un diccionario y la paciencia habían sido sus únicos maestros", dice Miguel Luis Amunátegui, el más acucioso de sus biógrafos.

En 1810 partió a Londres como miembro de una comisión diplomática formada por Simón Bolívar y Luis López Méndez. Por motivos seguramente derivados de los vaivenes de la política de su país, don Andrés Bello quedó sin empleo. Su vida se torna angustiada por escasez de recursos pecuniarios, debiendo dar, para obtenerlos, modestas lecciones. No obstante ello, su voluntad de estudio no se quebrantó y frecuenta el Museo Británico de Londres, que le ofrece amplias posibilidades de leer a los clásicos griegos, latinos y modernos e iniciar sus estudios filológicos y jurídicos. Entra en el servicio diplomático de Chile en Inglaterra y, finalmente, nuestro gobierno lo contrató para que sirviera acá funciones de alta responsabilidad. Llegó a Chile en 1829. Diez y ocho años permaneció en Londres, tiempo suficiente para enriquecer y adensar su saber enciclopédico y del cual tantas manifestaciones dio en las variadas actividades que desempeñó en Chile. Indudablemente encontró en este nuevo país un clima apropiado al desarrollo y empleo de sus capacidades. Las esferas de gobierno lo acogieron con generosidad y simpatía, como también la tuvo poco tiempo después Sarmiento. El mayor apoyo y estímulo lo recibieron ambos de Manuel Montt. Primero como Ministro de Instrucción Pública y después como Presidente de la República. Si la historia ha juzgado a Manuel Montt como riguroso e inflexible, con ribetes dictatoriales, en el mantenimiento del orden público, incuestionablemente fue un estadista de estatura impar como que ha sido considerado uno de los gobernantes más progresistas y con mayor sentido de futuro que ha tenido Chile.

En la nutrida bibliografía de don Andrés Bello, dos obras se señalan por su valor, en cuanto a la originalidad de los conceptos y

a la forma de expresarlos: el *Código Civil* y la *Gramática castellana para uso de los americanos*.

Ligeramente se ha considerado al sabio venezolano como imbuido de clasicismo, apegado al pasado, purista, entrabado por normas gramaticales y de rancia preceptiva. Reiteramos que don Andrés Bello se disciplinó en el rigor de las viejas culturas clásicas. Afinada su sensibilidad en la lectura de las obras maestras de todos los tiempos, conformado en las costumbres y modales londinenses, en su palabra, en su prosa, en sus poesías, se advertía un buen gusto auténticamente clásico, que lo llevó a una expresión medida y conceptuosa, a una dignidad de estilo de gran señoría. Pero ello no le quitaba que tuviera ideas progresistas, hasta revolucionarias en algunas de las materias jurídicas y filológicas que con tanta maestría cultivó. No permaneció don Andrés Bello enquistado en fórmulas caducas ni se limitó a glosar y repetir aquello consagrado por la tradición; la respetó en la medida que era necesaria para asentar sus investigaciones y como experiencia y enseñanza para prevenir cambios desatentados, productos de la improvisación.

Don Andrés Bello fue hijo del siglo de las luces, y si bien no adhirió al racionalismo de los enciclopedistas, de ellos captó cuanto era indispensable para el progreso de los pueblos. Bastaría ahondar en su Gramática para comprobar esta actitud suya de avanzada espiritual. Las innovaciones que en tantos aspectos introdujo en ella, lo apartaron de la gramática de la Real Academia Española, la cual si ha sido modernizada paulatinamente con los años, no aventaja a la de don Andrés Bello; y cada vez que los redactores de la Gramática de la Real Academia quieren fundamentar alguna modificación, recurren a la alta autoridad de Bello.

De su Gramática escribió el eminente filólogo español, Amado Alonso, las siguientes palabras: "La Gramática de la Lengua Castellana, de Andrés Bello, escrita hace más de un siglo, sigue siendo la mejor gramática que tenemos en lengua española"; y agrega: "... se mantiene en pie como cosa bien viva. No como la mejor gramática castellana a falta de otra mejor, sino como una de las mejores de los tiempos modernos en cualquier lengua".

¿Y qué decir del Código Civil? Aun cuando no fue abogado, tuvo a su cargo la Redacción de nuestro Código Civil, incorporando novedades de su propia creación; y si ha sufrido las naturales modificaciones impuestas por el avance social y jurídico, sigue siendo un modelo, tanto más cuanto por la forma en que está escrito

es del mejor castellano. Su sola lectura constituye un aprendizaje de nuestro idioma.

En su famoso discurso con motivo de la inauguración de la Universidad de Chile (1843), encontramos conceptos que revelan su espíritu avizor de distantes perspectivas sobre la función que les corresponde a las universidades, en especial a la recientemente creada. Subraya el papel de cada una de las Facultades en relación con el destino social y económico de Chile considerando la riqueza de su territorio en "veneros metálicos" y la fertilidad de la tierra apta para el cultivo agrícola.

¿Era en verdad don Andrés Bello un clásico? ¿Desoyó las voces del romanticismo en plena vigencia en su tiempo? Ha habido estudiosos que sostienen que había en él una veta romántica que discurría hondamente en su alma. ¿No fue acaso un admirador de Víctor Hugo, el romántico por antonomasia? Prueba de ello es el interés y pasión con que tradujo "La oración por todos", del autor de *Los Miserables*. Bien se ha dicho que la versión un tanto libre del caraqueño es tan bella, tan perfecta, que supera al texto original.

Personalidad múltiple la de este sabio, muchas de sus enseñanzas están vivas y su lección enaltecida de las ciencias y las artes, en toda su variada gama de expresiones y creaciones, vibra a cien años de su muerte con esa lozanía de verdad y belleza, que emana de los espíritus inmortales. Su magisterio sin término se extiende por América con proyecciones universales y el nombre de don Andrés Bello se inscribe en el registro de aquellos grandes que señalan el destino ascendente de la humanidad.

La Universidad de Concepción por intermedio de "Atenea" se suma a los homenajes que se le han rendido en el centenario de su muerte. Lo hace subrayando las distintas facetas de su actividad intelectual a través de estudiosos de ella y en forma muy especial por la palabra de los más altos representantes de esta Universidad. Así, en las páginas de "Atenea" queda vibrando el espíritu inmortal de don Andrés Bello.